

ministerio, donde se consideraba omnipotente. Ferrer causó aquella tragico-media del tiro fallado casi tan funesta al prestigio de los poderosos como la bala misma, porque parece llevar en sí el menosprecio del destino. Ferrer le quita ahora la vida política, echándole al ostracismo rencoroso y cruel que su propia dimisión expresa. Tremenda inmortalidad la de aquel ateo que no creía en la vida futura. Es que la ejecución de Ferrer, despertó una fuerza espiritual en cuya eficacia no creen, precisamente, los crédulos del dogma: la conciencia humana, o, dicho con término más sencillo, la opinión, empeñada por entonces en salvar al señor Maura de su propia omnipotencia. Todos los que entonces pedimos el indulto del reo, fuimos para aquel autoritario, consejeros desoídos. El era, a su vez, sin que nadie lo supiese, un reo de la fatalidad.

Porque es necio y torpe creer que el señor Maura desahogara en Ferrer un odio al hombre. Lo que su inflexibilidad representaba era algo más alto y más terrible. Era el dogma de obediencia, el principio de autoridad, la majestad del rey, de las leyes, de la justicia. No hubo en todo eso, como dijo la prensa sectaria, rebajando el asunto al nivel de su rencor, ni la sombra de un crimen. Ante su conciencia y ante las instituciones, el señor Maura es inocente. Es también meritorio. Es más que esto: es una víctima.

El crimen, pues lo hubo, consistía en las instituciones que mataron a Ferrer. En Maura no existió sino crueldad por no haber perdonado. Mas, ¿qué razón tenía él para perdonar? Aquella que ante la libertad es obvia: las ideas no son delito, para el dogma de obediencia no existe. Las ideas son, ante él, el principal delito, porque con ellas regla el hombre libre su conducta, mientras el gobierno reivindica el derecho omnímodo de imponer a todo hombre aquellas reglas; de tal manera que lo primero excluye lo segundo, entablándose así, entre ambos principios, un duelo a muerte. Por eso tenía que ser capital e irremisible la condena de Ferrer.

La prueba de que la razón estaba en la víctima, de que efectivamente ella representaba un ideal en marcha hacia la victoria, descúbrese en la naturaleza de las fuerzas cuyo impulso ha experimentado mortalmente el señor Maura.

Su ejecutor de ultratumba, no era, desde luego, político. Era antipolítico. Preconizaba la abstención electoral, mientras el señor Maura quería que todos votaran, hasta el extremo de hacer declarar obligatorio el voto. Hallábase, pues, aquel profesor, desvinculado de toda la gente legalitaria y de

toda la política. La defunción política, que el ideal en él agraviado causa, demuestra cuál es la opinión verdaderamente eficaz. Desde luego, la de los que no votan: la de aquellos que son libres en su libertad, no en la libertad del gobierno. Este contraste del dogma de obediencia, no se debe, pues, a los semiobedientes de la legalidad, sino a los desobedientes. Ferrer, ejecutando a Maura, es tan absoluto como Maura ejecutando a Ferrer.

Pero la cosa resulta más grave aun. Ferrer tiene cómplices estupendos y fatales como los ejecutores predestinados de la tragedia antigua. Apenas fusilado, aquel maestro de escuela, libertario vulgar y escritor mediocre, conviértese en espectro formidable. Su pobre sangre derramada, fórmate un manto heroico y terrible. En torno de sus tristes huesos, comienza a anudarse la lógica singular que constituye los acontecimientos históricos. Desde el fondo de su tumba envilecida por la sentencia de los hombres, empieza a ser un poderoso de la tierra. Sucede que aquella lógica, va convirtiéndose en instrumentos de la ejecución requerida por ese espectro implacable, los individuos más extraños y los personajes más eminentes.

El otro día, uno de esos insensatos, en quienes los griegos, más filósofos que nosotros, creían ver agentes del destino, mata a Canalejas. Crimen estúpido, sin duda, en su inmediato resultado. Pero las consecuencias que ha tenido para el señor Maura revelan al cómplice de Ferrer. Lo es, desde luego, puesto que lo suponen anarquista. Pero aquí entramos ya en el dominio de lo sorprendente. El otro cómplice de Ferrer es el rey.

Abandone el lector toda sospecha de paradoja trascendental. Esa es la opinión de los conservadores. Conforme al sentido de sus dimisiones parlamentarias, y a los comentarios de su prensa, aquéllas tendrían por objeto «apelar del rey» ante el país en las próximas elecciones. ¿Apelar de qué? De la ejecución política del señor Maura, puesto que en eso consiste la crisis del partido. Del señor Maura, cuyo ejecutor evidente es Ferrer.

Y las cosas no paran aquí, con ser el propio rey quien anda en ellas. El mismo partido conservador, obligado, para usar su exacta frase, a «apelar del rey» ante la opinión, es otro cómplice, puesto que con ello reconoce en el pueblo la verdadera fuente de la soberanía. Apelar del rey ante el pueblo, es para toda agrupación monárquica un acto revolucionario.

La cosa estriba en que cuando el conflicto es de vida o muerte, hace espontánea, inevitable, la idea de la revolución. Esta no será un derecho como lo enseñaban los viejos teorizadores de

la democracia; pero cuando aquel caso llega, es más que eso: es una necesidad.

Entretanto, el partido conservador tiene razón y el monarca también. Aquél es la verdadera columna central de la monarquía, su falange tebana; y el mismo acto de fusilar a Ferrer contra el mundo entero, fué un alarde de entereza atroz, cuyo respeto se impone a todo el que conociendo la inteligencia superior del tremendo ministro, comprenda que no ignoraba el peligro inherente, la inexorable responsabilidad personal, quizá para él fatal amargura. Maura se mostró con eso, un verdadero español del rey.

Bueno, pues: he dicho que de esa siniestra perfección de autoridad muere aquel político. Si el rey lo elimina, es porque siendo con aquello su elemento más precioso, es también su carga más pesada: la que primero ha de ir al mar cuando se trate de aligerar el navío.

Mozo inteligente y bravo, el rey hace con ello una cosa mejor que temer: comprende. Si temiera, conservaría al señor Maura; si no entendiera, formaría un gabinete militar. Y esto es para aquel perfecto conservador, lo más espantoso. De tal modo es como resulta imposible en el medio actual, irremisiblemente perdido, inexorablemente condenado. Como Ferrer...

Pero Ferrer ha vuelto, más temible que nunca, y él no va a volver de ese ostracismo que es el limbo de la tumba. Porque la tiranía sólo sabe matar, lo mismo a la víctima que al verdugo. Ningún tirano vuelve, a no ser como sus congéneres las fieras prehistóricas: hecho piedra.

La única justicia que el señor Maura va a obtener, es la apreciación de su conducta a la luz de la libertad por él aborrecida, y ante el criterio de los espíritus libres como aquel del rebelde fusilado. Son esos los únicos que verán en él una víctima de la lógica y de la lealtad profesadas a un dogma bárbaro. Porque la libertad es, a pesar del señor Maura, un bien suyo, inherente a su condición humana, y sólo por él ha de alcanzar de los hombres la gota de agua para su sed de justicia. No la espere del rey, que ese no es ingrediente de reyes. Menos de su partido, que se apresurará a llenarle la boca de especias y de unto dorado como a las momias, para archivarlo bajo seguro envoltorio en su propia glorificación. Aguárdela de aquella otra boca sedienta, abierta bajo la tierra ignominiosa, donde se pudren los condenados a muerte, para seguir clamando sin descanso, pues los muertos con iniquidad no lo tienen, como acabamos de verlo, esas palabras de justicia y de libertad que el señor Maura necesita tanto como ellos. Aguárdela distribuida por los amigos innumerables que con su muer-